

traordinario que dejara satisfechos a los favorecedores y que dentro de su bondad y buena presentación estuviera al alcance de cualquier fortuna y se pudiera repetir en caso de necesidad, pues las docenas de tortas volaron por todas partes y siempre con más deseos de agradar que de ganar. Esa es la deuda que tiene Alcázar con la Manuela la Cantera y con esta rama de la Gayetana y su hijo Antonio que es la única que ha perdurado y sería lástima que no continuara con el mismo espíritu de rectitud y de sacrificio que es gloria de la nombradía alcazareña, las tortas de Alcázar, que no pueden ser cualquier cosa sino las que logró la Cantera, trabajando, esmerándose y dando gloria a la Villa, las que Estrella, primo hermano de la Manuela, sacaba tan ufano a la estación para que viera el Rey lo que era bueno cuando iba de caza.

Hay que resaltar estos ejemplos que tienen un gran valor por sí mismos, pero mayor todavía como estímulo y como enseñanza de cuantos los contemplan, sea cualesquiera el arte a que se dediquen.

SUCEDIDOS

Julián el de la Gabriela, ese hombre al que hay que considerar muchacho por su ingenua rusticidad, cuenta que estando de quintería en el herradero de Penalba dormían con los pastores y una noche después de cenar les preguntaron si querían un poco suero, sin que nadie mostrara gana, pero el mayoral, Gregorio Arteaga, le dijo a Julián:

—Pues a tí te gusta el suero.

Ante la insistencia se levantó teniendo al lado a Villena el de la Alameda y cogió un caldero que había en el techo colgando de una garrota y glo, glo, glo, dió fin de él y dijeron los forasteros.

—Ocho litros te has tragado.

Otro día fue de caza con ellos un perito de la Renfe y desde la Alameda se fueron a las Tintoreras en un carro con una mula y el hombre no sabía donde acomodarse. Después de todo el día andando y cargado con cuatro liebres, al subir al carro para ir a la Alameda, dijo:

—Me da la sensación que voy en un coche cama.

Hicieron dos liebres con arroz y decía que era la cena más agradable que había comido en su vida y de apetito para qué decir, porque la comida tiene que ser trabajada.

Un día llega un gitano a la era a pedir paja. Julián estaba trillando y el Angel dándole un vuelco a la paja, le dijo al gitano:

—Si me ayudas a volcar la paja antes que venga el amo te lleno la saca.

Se quitó la camisa, se puso al lado del Angel y le echaba más paja a él que al montón pero llenó tanto la saca que no podía con ella y fue la risión de todos los vecinos.